

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIV JORNADAS

VOLUMEN 10 (2004), Nº10

Pío García

Patricia Morey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Las devaluaciones de la historia

Nicolás Lavagnino*

¿Se ha devaluado la Historia? Si tal cosa ha ocurrido ¿se debe a la erosión formalista provocada por el narrativismo? Estas dos preguntas orientan las reflexiones que siguen. En primer lugar me propongo reconstruir el artículo de José Sazbón publicado en el volumen *Historia y Sentido*¹, con el fin de exhibir lo que considero una interpretación discutible del narrativismo y un diagnóstico igualmente problemático de la situación de la historiografía como disciplina, interpretación y diagnóstico presentes en "La devaluación formalista de la Historia". Para ello trazaré un contrapunto con algunas posiciones de Hayden White, uno de los autores fundamentales del narrativismo², a quien Sazbón específicamente discute, situándolo como uno de los referentes arquetípicos de la operación formalista de devaluación historiográfica. La discusión del papel del narrativismo en la devaluación del pensamiento histórico, servirá como punto de partida en el intento de esbozar una hipótesis acerca de la actual proliferación de interpretaciones y diagnósticos sobre la historiografía y los desafíos que enfrenta en la actualidad.

El breve artículo del profesor Sazbón tiene por objeto mostrarnos cómo en dos momentos sucesivos el pensamiento contemporáneo sensible a la crítica antropológica y a la teoría literaria, ha intentado desvirtuar la intelección histórica. Los ataques estructuralistas y pos-estructuralistas al pensamiento histórico han llevado a devaluar las pretensiones de verdad que la historia como disciplina estaba acostumbrada a demandar, confundiendo los registros narrativos e incorporando a la historia dentro del juego optativo y múltiple de los relatos, cuya función, aparentemente, reside meramente en ser el reservorio de posibilidades míticas del sujeto que historia.

La clave del movimiento anti-histórico, según este enfoque, reside en la impugnación metodológica que, escudada en lecturas ambiguas de la semiótica y la lingüística, lleva a neutralizar la referencialidad de la labor historiográfica. Para el autor el proceso deriva en una situación en la cual se deja "fuera de juego el referente para recoger sólo las tramas lingüísticas que lo nombran"³.

Según Sazbón una vez que el estructuralismo eclipsó toda pretensión de objetividad cognitiva -a través de la negación de validez a cualquier síntesis comprensiva que pasara por alto las restricciones impuestas al método historiográfico siendo considerado éste como un código a partir de conjuntos de dominios de la historia inconmensurables entre sí-; una vez que se confundió a la historia con el mito y se rechazó, por carencia de fundamentos, el papel articulador del saber histórico en el marco de la acción práctica, todo lo que resta es hundir del todo a la historiografía en el campo figurativo, ocultando definitivamente cualquier apelación a la referencialidad. Este es el movimiento complementario que viene a cumplir el narrativismo, de la mano de la topología de White.

* Universidad de Buenos Aires. Fundación Antorchas.

Epistemología e Historia de la Ciencia, Volumen 10 (2004), Nº 10

Mediante la elaboración de un esquema formal teórico White, según Szabón, descompone las aserciones del historiador para retener sus atributos retóricos, figurativos y argumentales. *"Las trata, en suma, como productos de la imaginación y no como aproximaciones corroborables a un referente"*⁴. Esta imaginación, por su parte, carece de un contrapeso "real", a partir del cual pueda medirse la distancia entre una y otro. Lo que más lamenta Szabón es que *"tanto del lado del objeto como del lado del sujeto, la carencia de todo control objetivo de los juicios permite que impere la aleatoriedad"*⁵. Eso para no hablar del referente. En esta concepción éste no puede sino estar dotado de "carencia de sentido", esto es, no puede sino ser una masa amorfa que no le dice nada a nadie, para así permitir a los demiurgos narrativistas jugar el juego de las elecciones morales.

El resumen según Szabón de la situación a la que lleva el narrativismo abunda en nostalgias: la historia, como modo de comprensión, parece poco apta para fijar un sentido, excepto que éste sea ilusorio. Es decir, puesto que la historia, en este esquema, puede decir cualquier cosa, entonces no puede decir nada. He ahí el abismo entre el sentido fijo -mas siempre incompleto- que los modernos esperaban encontrar en el pasado, y la plenitud de sentido -aunque objetivamente ilusoria- que los posmodernos construyen desde el presente.

Este hiato producto del tránsito del logos al mito, resultado de la derrota de "la razón histórica", requiere ser problematizado. El diagnóstico de Szabón hace decir a White cosas que éste, en mi opinión, no dice. Al mismo tiempo calla ante cuestiones irresueltas y problemáticas del marco epistémico que Szabón defiende y afiora, en pos de lograr una hoy imposible re-valoración sustantiva de la historia.

Creo que buena parte del decir y el callar de Szabón tienen que ver con la reacción ante un dilema que creo muy bien expresado en la siguiente cita de White: *"cuando se trata de evaluar las representaciones en competencia y las interpretaciones del significado del mismo acontecimiento proferidas por historiadores de similar erudición y sabiduría, los hechos no pueden ser invocados para decidir la cuestión. Primero, porque lo que está en cuestión entre interpretaciones en competencia no es sólo cuáles son los hechos, sino también, qué se ha de considerar como un hecho y qué no. Y, segundo, porque, cuando se trata de interpretaciones en conflicto, lo que importa no es la verdad del hecho sino el significado que ha de atribuirse a los acontecimientos que están en discusión"*⁶. Creo que lo anterior puede reformularse del siguiente modo:

- 1) ¿Nos sugieren los acontecimientos siempre un modo determinado de intelección, de modo que podamos aproximarnos de manera creciente a una comprensión ideal de los fenómenos?
- 2) ¿La transformación de acontecimientos extra-textuales en hechos intra-textuales se revela problemática?
- 3) ¿Los hechos imponen una determinada forma al significado de la narración? ¿Hay dudas respecto de qué es un hecho y qué no lo es?
- 4) ¿Es la apelación a la auto-imagen que tienen los practicantes de una disciplina, por ejemplo en términos de erudición y sabiduría, el modo de resolver estos dilemas?

Pienso que White y Szabón dan respuestas muy distintas a estas preguntas. Para ello parten de la aceptación, el rechazo o la articulación peculiar de tres distinciones relevantes y problemáticas que sirven como punto de partida para entender la existencia de puntos de vista alternativos respecto del relato histórico: a) entre acontecimientos y hechos -entendiendo a los primeros como realidades extra-textuales y a los segundos como acontecimientos bajo descripciones o en la forma de predicaciones- b) entre proposiciones existenciales singulares y el significado de las narraciones c) entre el nivel fáctico-informativo de la narración y su dimensión figurativa.

Dado que White acepta estas tres distinciones las respuestas a los interrogantes 1) a 4) se desarrollan del siguiente modo:

1) Los acontecimientos son aprensibles en una narración histórica únicamente en la forma de hechos, es decir, son constructos ("fictio") producto de prefiguraciones y por lo tanto la idea misma de una intelección que los acontecimientos mismos sugieran carece de pertinencia.

2) Lo anterior depende de la distinción entre hecho y acontecimiento antes expuesta y de la transición que lleva de uno a otro. *"En tanto que, por definición, las entidades históricas pertenecen al pasado, sus descripciones no están sometidas a verificación o falsación por la observación directa (controlada). Lo que puede ser estudiado por la observación directa, por supuesto, son los documentos que atestiguan la naturaleza del objeto pasado de interés del historiador. Pero este registro exige interpretación, si es que ha de producir los hechos sobre la base de los cuales una descripción inicial plausible del objeto como un posible tema de investigación ha de ser postulada. Esto me guía a concluir que el conocimiento histórico es siempre conocimiento de segundo orden, lo que significa, está basado en construcciones hipotéticas de los posibles objetos de investigación que requieren un tratamiento por medio de procesos imaginativos que tienen más en común con la «literatura» que con cualquier ciencia"*7.

3) Si la historia no es un tipo de conocimiento directo -¿alguno lo es?- y está basado en constructos denominados "hechos", queda por ver cuál es la relación entre esas unidades que nombran realidades extra-textuales -y sin embargo en tanto que nombres son intra-textuales- y el sentido más general de lo que esas unidades contribuyen a erigir: el significado de la narración. Para White la prefiguración como totalidad previa se impone a la facticidad. Incluso determina lo que será invocado como hecho y lo que no. Pero en ningún momento se duda de la existencia de los acontecimientos ni de la importancia de la dimensión fáctica en la narración para la configuración de un discurso que aprehenda significativamente el pasado. Tan sólo se resalta la posibilidad plural de los modos de invocación de los acontecimientos, convenientemente codificados como hechos.

4) Las dudas acerca de las mismas unidades sobre las cuales se montará el relato -"hechos"- no pueden ser resueltas apelando a la autoridad académica ni a la metodología aceptada disciplinariamente. Esto se debe, en primer lugar, a que la elección de uno u otro modo de prefiguración y figuración del pasado toma en cuenta recursos no disciplinarios y preferencias morales. Pero, y esto es más importante aún, las presuposiciones de las interpretaciones canónicas no pueden ser

tomadas como absolutamente válidas y como si constituyeran la única base posible para el estudio del pasado, su representación en un discurso y la determinación de su significado. Una vez que hemos aceptado que se debe emplear un lenguaje distinto al teorizar sobre la historiografía respecto del que se usa para escribir historia -diferenciando lenguaje objeto de metalenguaje- queda poca erudición o sabiduría a la que apelar para elegir entre relatos históricos competitivos.

A pesar de estas respuestas en mi opinión claras de White a los interrogantes antes planteados, el profesor Szabón construye un White de uso propio, un seudo-White, que respecto de las tres distinciones antes planteadas, se vuelca peligrosamente hacia los extremos. El seudo-White únicamente parece preocupado por los hechos intra-textuales -obviando la mención de acontecimientos que obren como "referentes"-, por el significado de la narración -en detrimento de las proposiciones existenciales singulares-, y por la figuración -obliterando el papel de la dimensión fáctica en la narración-.

Este White *alla* Szabón responde a los interrogantes del siguiente modo.

En 1) se homologa "fictio" a "mito". Así, tras el eclipse de "la pretensión de objetividad del impulso cognoscitivo de la acción práctica (...) la historia es indiscernible del mito"⁸. La raíz del constructo "hecho" se desplaza de su relación con los acontecimientos para sumergirse en la pura ficción, producto de la imaginación, no verificable respecto de un referente. Todo lo que queda por fuera de los contenidos racionales de los esquemas conceptuales de intelección histórica es homologable a "mito, a ficción, o -irónicamente- a filosofía de la historia (...) como construcción especulativa, saber apriorístico, razón fabuladora"⁹. Idénticamente se reduce la figuración y la prefiguración a aleatoriedad e irracionalidad estetizantes, apoyándose en la clásica distinción entre modos realistas y modos literarios figurativos de narrar, con la historia como ejemplo palmario de los primeros, y con la literatura como estandarte de los segundos. En este esquema cualquier contacto entre historia -como relato con pretensiones de verdad- y literatura, es condenatorio para la primera. En realidad implica la disolución de la primera en la segunda, con el resultado de que los acontecimientos dicen lo que el demiurgo de turno quiere que digan.

En 2) se hace decir a este seudo-White que dado que se ignora la distinción entre acontecimiento y hecho, y dado que el hecho carece de referentes -por lo apuntado en 1)-, la misma idea de un problema entre una y otra esfera carece de sentido. Puesto que no hay esperanza de que haya un conocimiento directo, no hay conocimiento en absoluto: así nos retrotraemos a "la escisión ya manifiesta en el escepticismo lévitrausseano entre los esquemas formales del código histórico (inaptos para la fijación de un sentido) y el disponible repertorio de un saber mitologizado (tan pleno de sentido como objetivamente ilusorio)"¹⁰. Esto supone expresar la posición de White en términos de la vieja dicotomía entre realismo e idealismo, atribuyéndole la última posición. Pero White parece estar más cerca de dudar de la capacidad y función del lenguaje como representación cabal de la realidad -algo que ni el realista ni el idealista aceptarían- lo cual hace que la adscripción a White de una posición "nihilista cognitiva radical" resulte un tanto forzada. Se trataría más bien de un esbozo de anti-representacionalismo, que impugna tanto los presupuestos del realismo como los del idealismo.

En 3) los hechos se reducen, para el White bis, a series amorfas no cognoscibles y carentes de sentido, lo cual lleva a una acentuación dramática del decisionismo moral y la figuración. El reduccionismo posmoderno lleva a la devaluación de la historia, y con ello a "la poetización de la historiografía (...) la opción arbitraria por un tipo de relato: el decisionismo"¹¹. En este esquema el significado de la narración aplasta por su propio peso a las proposiciones existenciales singulares. Lo figurativo a lo fáctico. Y la estética a la cognición.

Respecto de 4) la disciplina, ya no sus cánones o su acervo de erudición, queda reducida a una sub-variante de la poética, como rama especializada en la estetización de los mitos fundacionales. La delicada relación cognición-praxis es destrozada, anulando las pretensiones de la primera esfera, y despanzurrando de plenitud ilusoria a la segunda. No se trata de proponer metalenguajes para analizar el lenguaje objeto. Se trata de eliminar el segundo, imponiendo el primero al costo de una creciente auto-referencialidad.

En suma, respecto de las distinciones apuntadas -entre hecho y acontecimiento, entre proposiciones singulares y narración y entre facticidad y figuración- y de las respuestas dadas a los cuatro interrogantes antes mencionados, la interpretación que hace Sazbón de la postura de White difiere sensiblemente de la que yo mismo he realizado anteriormente en este trabajo. Esta radicalización forzada de White le permite a Sazbón ganar espacio en la defensa de la "razón histórica". ¿Cómo procede ésta?

Para expresarlo de manera directa, la posición de Sazbón se exhibe mejor enumerando los términos y conceptos que para éste nunca resultan problemáticos y que resultan involucrados en su definición de lo que la historia es: una aproximación controlada a un referente extra-lingüístico que fundamenta una construcción racional en la forma de discurso, construcción que no puede renunciar a sus pretensiones de verdad¹². Esta sintética definición contiene al menos cuatro conceptos conflictivos: "aproximación controlada", "referente", "construcción racional" y "verdad".

Las consideraciones de Sazbón sobre estos conceptos llevan a despreciar las implicancias de las tres distinciones. Los efectos de aquellas consideraciones y desprecios no tardarán en visualizarse. Para ello observemos cómo responde a los cuatro interrogantes que formulamos anteriormente.

1) Según Sazbón el estudio de la historia implica una aproximación controlada a un referente. Esto sugiere un tipo de conocimiento capaz de acercarse sucesivamente a representaciones más fidedignas de lo acontecido. En este esquema hay un modo de intelección ideal de los acontecimientos, ideal del cual las intelecciones concretas son aproximaciones. Por supuesto puede haber distintas respuestas a distintas preguntas, pero si se pregunta siguiendo un método -"de aproximación controlada"- el conjunto discreto de respuestas posibles tenderá a converger en torno de unas pocas respuestas aceptables. Los acontecimientos son cognoscibles y portan en sí mismos algunos principios que orientan la interpretación. En esta concepción causalista y teleológica del conocimiento el referente extra-lingüístico cumple un papel normativo, lo que implica la posibilidad de una interpretación definitiva.

2) Lo anterior puede fundamentarse en virtud de la relación no problemática que se supone entre hechos y acontecimientos. Sazbón, claro está, distingue entre las cosas y sus representaciones –nuestra primera distinción-. Pero confía ilimitadamente en la capacidad del lenguaje de representar la realidad. Sólo así la “referencia” extra-lingüística puede volver a ocupar un lugar relevante para la teoría. Dada la confianza en la representación, en última instancia el reconocimiento de la distinción entre hechos y acontecimientos no ocupa ningún papel relevante en el modelo de Sazbón. El referente puede utilizarse como piedra de toque de una hipótesis y puede apelarse a los hechos para dirimir controversias porque hay un canal límpido por el cual discurrir de la realidad al lenguaje y viceversa.

3) Según Sazbón en la construcción de la narrativa histórica se procede supuestamente de abajo hacia arriba. No se prefigura ni figura nada. Se aplica un modelo teórico que permite seleccionar “hechos” y que a partir de su combinación y articulación admite la inferencia de un significado. La distinción entre proposiciones existenciales singulares y significado de la narración –nuestra segunda distinción- no ocupa aquí ningún lugar específico –como ocurrió antes con la distinción entre hecho y acontecimiento- si bien se la reconoce discursivamente. Dada la fuerza de la referencialidad y la pureza del medio lingüístico, tan solo falta la capacidad de embonar unas piezas fácticas con otras apelando a la “racionalidad constructiva”.

Sea lo que sea esta racionalidad, implica confiar en conexiones de tipo lógico o causal, más que imaginarias o metafóricas, para articular los hechos y las proposiciones singulares. Lo que otorga así fuerza al relato histórico no es el encanto y el *pathos* brindado por las figuras y giros tropológicos sino la capacidad racional de articular un esquema lógico y secuencial de premisas y conclusiones. No hay dudas aquí respecto de lo que es un hecho ni del modo en que los mismos determinan los significados –siempre y cuando apliquemos el modelo teórico correcto.

4) En este modo de pensar, la apelación a la auto-imagen de la disciplina y sus practicantes y a criterios propios de ella como la erudición y la sabiduría, constituye una forma de resolver los problemas derivados de las preguntas iniciales. Puesto que el discurso histórico no puede renunciar a la verdad, lo que queda es extremar los reaseguros metodológicos en torno de las consideraciones de los hechos y de los tipos de conexiones –lógicas, conceptuales, causales- a establecer entre ellos.

Por lo tanto en este modelo la verdad histórica no se revela como problemática. Basta con concentrarse en el nivel fáctico y la lógica proposicional, y la verdad podrá elucidarse. Lo que intento marcar aquí es el modo en que Sazbón reconoce e ignora al mismo tiempo la distinción entre el nivel fáctico de la narración y su dimensión figurativa –nuestra tercera distinción-. Puesto que la historia es una disciplina orientada a la obtención de un conocimiento verdadero, y dado que a la verdad se arriba estableciendo la validez de sus proposiciones respecto de la relación que establece con sus referentes y con otras proposiciones, todo lo que se requiere es un dominio del nivel fáctico y de los modos de relacionar lógica y conceptualmente las proposiciones. ¿Qué papel podría jugar en todo esto la figuración?

Así como las distinciones entre hecho y acontecimiento y entre proposiciones singulares y significado de las narraciones carecían de función y de eficacia, así también la distinción entre lo fáctico y lo figurativo no genera más interrogantes puesto que lo primero se revela como sustantivo y lo segundo como un mero ornamento.

Recapitulemos. Lo que White ha reprochado a la historiografía académica contemporánea es su negativa a reconocer que, al igual que las despreciadas filosofías de la historia, posee compromisos ideológicos y estéticos que contradicen los mandatos realistas y objetivistas de la tradición académica o, mejor aún, los reducen a uno más de entre los modos posibles de representación y de discurso histórico. Los rasgos específicos del discurso a los que la historiografía ató su suerte a fines del siglo XIX, y que Sazbón defiende, no se encuentran mejor fundamentados en virtud de su estatura canónica que aquellos otros rasgos a los que la profesionalización de la historia condenó sin más. La predilección por los modos de representación histórica que abrevan en un realismo no figurativo, literal, y en un tipo de consistencia de pretendida exclusividad lógica y conceptual son, para usar los términos del propio Sazbón, elecciones "históricamente infundamentadas". Elecciones que han llevado, paulatinamente, a poner de manifiesto la creciente dificultad para dotar de significado al pasado dentro de los estrechos límites definidos por la ortodoxia y a la búsqueda ansiosa de nuevos modos de "hacer sentido" del pasado.

De aceptarse este diagnóstico será una crisis sustantiva, y no formal, la que estará aquejando a la historiografía como disciplina. Y será a partir de una reconsideración integral de los presupuestos formales y sustantivos de la historiografía tradicional, que podría considerarse la tarea misma del narrativismo, como los historiadores podrán buscar, articular y desarrollar un decir nuevo y significativo respecto del pasado de los hombres en sociedad.

Como tantas otras veces, nos hallamos ante una divisoria de aguas que adopta la forma de una pregunta: ¿debe atribuirse la devaluación de la historia al ataque formalista, o por el contrario, se trata de la agonía de un modo de discurso ante sus serios resquebrajamientos sustantivos? De la respuesta a este interrogante depende la imagen diagnóstica de la historia. O como sueño al que una incierta noche ha trocado en pesadilla, o como sendero al que un mal viento ha transformado en laberinto.

Notas

1 J. Sazbón, "La devaluación formalista de la historia", en E. Adamovsky (comp.), *Historia y Sentido, El Cielo por Asalto*, Buenos Aires, 2001 (de aquí en adelante HYS).

2. H. White, "Hecho y figuración en el discurso histórico", prefacio a V. Tozzi (comp.) *Hayden White, el texto histórico como artefacto literario* (Trad. cast. V. Tozzi y N. Lavagnino), Paidós, Barcelona, 2003 (de aquí en más HW).

3 HYS, p.80.

4 HYS, p.85.

5 HYS, p.86.

6 HW, p.54.

7 HW, pp.55-56.

8 HYS, p.84.

9 HYS, p.79.

10 HYS, p.85.

11 HYS, p.86.

12 Szabón caracteriza así el ataque narrativista a la "razón histórica". "Lejos de regirse por la controlada aproximación a un referente, por una lógica de investigación o por el recurso a una interpretación racional, historia y filosofía de la historia son, a la par -desde esa óptica-, productos de la imaginación histórica", HYS, p.80. En otra parte dice que White "descompone las aserciones del historiador -desentendiéndose de sus valores de verdad y de los controles específicos de la práctica historiográfica- para retener sólo sus atributos retóricos, sus opciones figurativas y sus estrategias de argumentación" HYS, p.85.